

Homilía del Card. Mario A. Poli en la Solemnidad de Pentecostés
Presentación del Sínodo Arquidiocesano
Iglesia Catedral - 4 de junio de 2017

Lecturas: Hech. 2, 1-11; Sal. 103; 1ª Cor. 12, 3b-7.12-13; Jn 20, 19-23

El Espíritu Santo Don

«Nadie puede decir: “Jesús es el Señor”, si no está impulsado por el Espíritu Santo» (1 Cor.12, 3b). Aquí está el Paráclito prometido por Jesús. El Espíritu de Dios es el don que Cristo y el Padre derraman sobre los creyentes.

Celebramos la solemnidad de Pentecostés. Esperamos cincuenta días gozosos, pascuales, para llegar a este momento de plenitud. Todavía nos sorprende que los discípulos, encerrados por el temor y el miedo debido a las dudas, pasan a un estado de exultante alegría al reconocer a Jesús Resucitado, cuando de sus labios escuchan por dos veces: “La paz esté con ustedes” (Jn. 20, 19.21).

¡Qué bien que suena “la paz” en los labios de Jesús. Paz que viene de arriba, no del corazón de los hombres sino del corazón divino! Es la paz que les da Jesús junto al testimonio de su Pasión, porque les muestra las heridas de sus manos, de su costado, de sus pies y de su cabeza. Son las heridas de su Pasión que perviven en su cuerpo glorificado. Su sola presencia es suficiente para que sus discípulos crean, y pasen del temor a la alegría. Sus palabras siempre dan confianza.

Ahora Jesús envía a sus discípulos a la misión, y sopla sobre ellos el “soplo de Dios”. Esto tiene resonancias bíblicas: nos recuerda el soplo creador con el que Dios Padre comunicaba el Espíritu de vida al primer hombre. Dice aquella página hermosa del Génesis: “Entonces el Señor Dios modeló al hombre con arcilla del suelo, y sopló en su nariz un aliento de vida -un *ruah*-. Así el hombre se convirtió en un ser viviente” (Gn.2, 7).

Ahora Jesús sopla y así hace nuevas todas las cosas como, dice el Libro del Apocalipsis. Desde los humildes comienzos Él acompaña a la Iglesia apostólica derramando el don de su Santo Espíritu de amor y de consuelo.

Al rezar la Secuencia decíamos: “*Ven Padre de los pobres, ven a darnos tus dones*”. Pon un nuevo soplo divino que renueve en nosotros lo que ya se nos ha dado plenamente en el Bautismo y en la Confirmación. Que se renueven sus sagrados dones de sabiduría y entendimiento, consejo y fortaleza, ciencia y piedad y el de su santo temor.

Ahora la Iglesia espera que sus hijos, nosotros, pongamos en común los frutos que causan la presencia del Espíritu Santo en nuestros corazones: amor, alegría y paz, magnanimidad -gestos de grandeza-, afabilidad -para tratar bien a los otros-, bondad - para que el Señor reconozca también en nuestras buenas obras su mano-, y confianza, mansedumbre en el trato y temperancia. Así lo dice San Pablo en la carta a los Gálatas.

La solemnidad de Pentecostés, celebrada alegremente en nuestras comunidades nos recuerda la misión del Espíritu Santo quien lleva a su plenitud el misterio pascual. Hoy alcanza su plenitud la Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión al cielo, misterios que nos dieron tanta alegría. Ahora Jesús a la derecha del Padre, sopla nuevamente sobre nosotros, y como un fruto maduro del árbol de la Cruz, se derrama sobre la Virgen María y los apóstoles. Es el mismo Espíritu que al nacer la Iglesia dio a todos los pueblos el conocimiento del Dios verdadero y unió a las diversas lenguas en la confesión de una sola fe.

El Sínodo Arquidiocesano

El Espíritu Santo Don, es el protagonista insustituible del Sínodo Arquidiocesano que hoy comenzamos y al cual hoy convoco a todos los bautizados de la Arquidiócesis de la Santísima Trinidad de Buenos Aires.

A Él nos encomendamos confiados, porque lo reconocemos como el mejor amigo y compañero en el camino que emprendemos todos los bautizados de esta Iglesia que peregrina en Buenos Aires. Lo necesitamos como el agua y el aire. Es impensable que no podamos contar con Él porque está presente en cada uno de nosotros, a la vez que no deja de estar todo él en todas partes. “Por él, los corazones son elevados hacia lo alto, los débiles son llevados de la mano, los que ya van progresando llegan a la perfección, iluminando a los que están limpios de toda mancha, los hace espirituales por la comunión con él”.¹ El Espíritu Santo es el protagonista insustituible del Sínodo Arquidiocesano, lo invocamos con piedad de discípulos, porque así sabemos que el Don de Cristo se pone por entero a nuestra disposición, y no quedaremos defraudados, porque sus promesas se cumplen siempre, cuánto más si nuestro único y apasionado deseo es servir a su Iglesia de Buenos Aires, y en ella a la Iglesia universal. Él estará con nosotros hasta que se manifiesten un cielo nuevo y una tierra nueva donde habitará la justicia, como dice San Pedro.²

Tendremos que abrir nuestro léxico porque no estamos acostumbrados a la palabra “Sínodo”. La palabra “Sínodo” significa “hacer juntos el camino”. Si ustedes guardan en la memoria estas palabritas, ya saben lo que es un Sínodo. ¿De qué camino se trata? Pues no es otro que la misma persona de Cristo, quien ha dicho: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn.14, 6), “lo cual tiene una explicación muy verdadera ya que por medio de él tenemos acceso al Padre...”. Es el único camino que nos lleva al Padre, que nos lleva al cielo, sobre este camino queremos insistir. “Sínodo” significa hacer juntos el camino que nos marcó Jesús. Él es el camino. “Si buscas pues por dónde has de ir, acoge en ti a Cristo, porque él es el camino. Éste es el camino, caminen por él”, dice Santo Tomás de Aquino.

El Sínodo de Buenos Aires quiere sumarse a un sueño: el del Papa Francisco. Esta es su Arquidiócesis, y ahora desde Roma, como Pastora universal nos dice: “sueño con una pastoral misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual”.³ Queremos poner nuestro Sínodo en este sueño del Papa.

Yo estoy convencido que una Iglesia sinodal está mejor preparada para la misión. Los tiempos serán arduos. El Sínodo durará tres años a partir de este momento, y terminará en el 2020, cuando la Arquidiócesis de Buenos Aires, que se reconoce en el origen de aquel Obispado de Buenos Aires de 1620, cumpla 400 años de vida. En un mismo espíritu, con la finalidad de mirar a la Arquidiócesis de Buenos Aires con la mirada compasiva de Cristo, queremos hacer el camino sinodal. Por eso les pido en este momento, que recemos mucho por el Sínodo, es un camino que nos va a renovar a todos.

Los Sínodos dieron muchos frutos espirituales, pastorales y aún culturales en la Iglesia. Y de los Sínodos surgieron estupendos métodos de evangelización en los dos mil años de la Iglesia.

Que el Señor nos conceda esta gracia, con humildad. El Sínodo de Buenos Aires no quiere ser un huracán, un tsunami, quiere ser una suave brisa de largo aliento. Ayudémonos entonces a caminar juntos, a ser sinodales, a escuchar al hermano.

¹ Misal Romano, Prefacio de la Solemnidad de Pentecostés.

² Cfr. Carta Pastoral con motivo del inicio del I Sínodo. Card. M.A.Poli. Nos 2 y 3.

³ Evangelii Gaudium, 27.

Queremos escuchar a todos los bautizados, no solamente a los que vienen a misa y a los que participan de la Iglesia. Hay muchísimos más bautizados que no se acercan a los sacramentos, que por algún u otro motivo, quizás con causa justificada, han dejado de frecuentar los sacramentos; queremos escucharlos, y de vuelta invitarlos a la mesa del Señor.

La madre Iglesia siempre tiende la mesa los domingos, y espera a sus hijos. El Sínodo tiene este propósito: una nueva invitación a todos los bautizados y renovar nuestro espíritu misionero.

Que el Espíritu Santo en este día nos conceda sus dones para poder lograr este cometido. Que así sea.